

EL CULTO DEL ESFUERZO EN LA PEDAGOGÍA DE J.B. ZUBIAUR

Historia de la Educación Argentina

Por J. Ricardo NERVI¹

¹ Profesor de Filosofía y Ciencias de la Educación, se desempeñó como docente en la Universidad Pedagógica de México, y en Argentina en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA y en la Facultad de Ciencias Humanas de la U.N.L.Pam. Ha recibido el premio: "Fundador de las Ciencias de la Educación en Argentina", otorgado por la Universidad de Buenos Aires. Actualmente es Director de la Maestría en Evaluación de la Facultad de Ciencias Humanas de la U.N.L.Pam.

La escuela de tierra adentro afina sus características y define su personalidad dentro de ese modo de ser en cuya estructura pedagógica inciden factores acumulativos que, desde lo económico a lo social, constituyen eso que en esencia vendría a ser el cartabón vigente de la educación fundamental. La escuela de los ex-territorios nacionales nació, creció y se sostuvo dentro de los cauces y lineamientos que convienen a una de tal modalidad. En esa instancia quiso, supo y pudo ser lo que fue, y lo que quiere seguir siendo, esto es, **escuela de la democracia, segregada por designio propio de la retórica vacía con que el rigorismo didascálico de los técnicos surtos en la Gran Urbe suele asfixiar aquello que no comprende y que quizá no llegue a comprender nunca.** Esta escuela, del pueblo, por el pueblo y para el pueblo, fué intérprete cabal del mandato sarmientino, apuntalada por la voluntad inquebrantable de una legión de pioneros de la enseñanza a cuyo fervor docente debe la civilización su triunfo definitivo sobre la barbarie.

En ese plasma vivo de leguas y leguas de tierras de pan llevar, allí donde sigue siendo el desierto -todavía!- el mal que nos aqueja, la ilustre generación de normalistas que afirmó, desde Paraná, el credo revolucionario de Mayo en la promoción de la enseñanza, abrió, en el rumbo bárbaro de la rastrillada y el fortín, el surco de la patria labrantía, en esa visión de futuro que aún les pertenece. Allí están los nombres precursores: José María Torres, Ferreyra, Carbó, Victoria, Scalabrini, Herrera, Vergara, Bavio, Senet, Mercante, Bassi, por citar algunos. Son nombres que se hacen bandera enhiesta al tope de los millares de escuelas que ellos contribuyeron a crear en ese itinerario de paz y de concordia, de libertad y justicia, trazado por sus métodos, iniciativas, estudios y aspiraciones, siempre en pos de la fórmula eficaz para asegurar los derechos del hombre a través de su formación integral.

En ese rumbo ahondaron huellas de silencio los pasos baqueanos de Raúl B. Díaz. A su zaga llegaron maestros de su misma estirpe. No será extraño que ese ejemplo llegue a constituirse en norma, y que, por esa vía el funcionario siguiera siendo el maestro en ejercicio, enfrentado cara a cara con la realidad cotidiana del aula, en el diálogo de todos los días con el niño. Se nos inviste de posteridad el nombre tantas veces oído y tantas veces dicho de funcionarios que prefirieron ese contacto directo,

"CURIOSO" Horacio Echaniz

concreto, con la escuela perdida de la pampa, la selva o la montaña, al cómodo apoltronamiento habitual de una oficina que a veces suele convertirse en isla de burocracia. Entre esos nombres caros al recuerdo, alto timonel de la enseñanza, está el del Dr. José Benjamín Zubiatur.

El 1º de agosto de 1899 la División de Instrucción Pública, en Decreto que refrendan Roca en su calidad de Presidente de la Nación y Magnasco, por la secretaría de Educación y Justicia a su cargo, da a publicidad la designación de los nuevos vocales del Consejo Nacional de Educación por el período que marca la Ley. Integran las correspondientes vocalías el profesor normal don Lidoro Avellaneda, el Dr. Joaquín V. González -por entonces miembro de la comisión redactora de los planes y programas vigentes en escuelas de la Capital Federal-, el Dr. Rafael Ruiz de los Llanos, rector del Instituto Libre de Enseñanza Secundaria, el Dr. José Benjamín Zubiatur, a la sazón Director de la División de Instrucción Pública y ex-Rector del Colegio Nacional del Uruguay, de Entre Ríos. El arribo de este último a cargo tan importante viene avalado por una trayectoria en la que se conjugan las constantes fundamentales de la pedagogía científica puesta en marcha a partir de 1871 por el normalismo paranaense.

Si alguna duda subsistiera en punto a la influencia decisiva del medio sobre la personalidad, y, si por añadidura se le quisiera restar a ese influjo la capacidad modeladora de los maestros auténticos so pretexto de que aquél vendría a ser tan sólo una consecuencia de estos, el ejemplo de Zubiatur, es decir, el de su integración ético-cultural como valor-hombre y fuerza docente, terminaría categóricamente con ella. Porque -en ese proceso de síntesis armónica- el nuevo vocal del Consejo es producto de la confrontación dialéctica a que debió llegar, necesariamente, la educación argentina a partir de Caseros. No estaban dadas entonces, cierto es, las condiciones económico-sociales para el afianzamiento y proyección de un plan educativo como el previsto por Avellaneda en su realista Memoria de 1869, siempre afirmada en la consigna de "educar al soberano"alzada por Sarmiento como estandarte de lucha contra la barbarie. Pero era de urgencia imprescindible el inicio concreto de una política educacional consecuente con los ideales y esperanzas del grupo generacional que retomaba el cauce de Mayo para devolverle su rumbo primigenio, rompiendo para ello, si era preciso, todo vínculo con un pasado señoreado por el dogma y su reata de preceptos oscurantistas. Paso a paso la Organización Nacional va liquidando todo vestigio de la ominosa etapa feudal-monástica cuyo resurgimiento en la época de Rosas determinó la caída vertical de la educación en todas sus ramas. La ciencia presidirá de ahora en más lo que hasta entonces fuera ámbito vedado al pensamiento democrático-liberal de fines de siglo. La escuela dejará de ser bastión de prejuicios para convertirse en baluarte de la libertad de conciencia. La educación ya no será un privilegio, y, sobre su afirmación de fe republicana se emplazarán en ella los mástiles de

la democracia. Ya la inmigración aporta su crédito de trabajo, y en el juego de báscula de las ideas en fermento, lo que hasta ayer nomás pareciera verdad inamovible, se desploma como cosa sin sentido al golpe de ariete de las nuevas verdades. El país resurge como un asombroso Ave Fénix de entre sus propias cenizas, y echa a volar los cielos del advenimiento cuando -apenas cubierto el tramo decisivo de su adolescencia- encara José Benjamín Zubiatur la dura jornada de su formación magisteril.

Es esa atmósfera cultural la que habrá de gozar plenamente. Las tempestades purifican el aire. Y al viento barredor de tiranías con que se inicia la segunda mitad de ese prodigioso siglo XIX, sucederá, en el campo de la instrucción pública, el sopro libertario de 1884, rúbrica legal de ese nuevo orden político-institucional amparado por la Constitución del año 53. A pulmón pleno, como cabe a los hombres libres, respirará Zubiatur ese clima. Y en la temperatura que marca el termómetro social de época tan propicia al talento creador, encontrará el hálito cordial, la palmada afectuosa, el estímulo oportuno de quienes (familiares, maestros, amigos) apuntalaron su vocación por la docencia. El medio social-cultural, en fin, determinado por hombres privilegiados que amaron entrañablemente al pueblo, en circunstancias quizás no repetidas dentro de nuestra historia, dio a este ilustre hijo de Entre Ríos la oportunidad de desarrollar paso a paso sus aptitudes y volcarse de lleno a la titánica empresa de "Educar al Soberano".

Resulta interesante consignar, refrendando cuanto llevamos dicho, lo que el mismo Zubiatur, tan parco en datos referidos a su propia persona, detalla nostálgicamente en un trabajo escasamente difundido. Se trata de la conferencia que dió en el Liceo Nacional de Señoritas con motivo del fallecimiento del genial Ameghino, y que posteriormente, ampliada, desarrollara en la Biblioteca Popular de Paraná, el 18 de setiembre de 1911. En esa disertación -publicada en Buenos Aires el 6 de agosto de 1912- pone en descubierto su fibra sentimental, sus excelencias afectivas, su culto a la gratitud. Esas cualidades éticas, inseparables de su cuño docente, afloraron a lo largo de su existencia y fueron -sumadas a su exacto sentido a la justicia distributiva, de la ecuanimidad y del deber- la contraseña obligada de su conducta en la vida.

Refiriéndose a la ciudad en que naciera el 31 de marzo de 1856, dice Zubiatur: "...en ella reside mi reliquia más apreciada, mi anciana madre: pasé aquí los días felices de la infancia y de la adolescencia, recibí los rudimentos del saber teniendo por maestros: a mi padre que me enseñó, sentándome en sus rodillas y obsequiándome con besos y masas, las primeras letras del alfabeto ¡ay! sólo las primeras, pues lo perdí cuando no tenía aún seis años de edad; a una robusta morena "Na Rafaela" que manejaba con igual maestría el rebenque y la caña de tacuara; a aquel hombre enérgico, de palmeta en mano, don Felipe Méndez, de la lancasteriana "escuela de la patria" que dirigía el venerable viejecito don Lucas Fernández, y, por fin,

estudiante secundario ya, a aquellos profesores competentes y cariñosos, Frankemberg y Parodié, que fundaron en 1868, el "Colegio Entre Ríos"...

Con legítimo orgullo expresa más adelante Zubiaur que es "la Biblioteca Popular de Paraná, la más importante de su género en todo el país, y que a su sombra se desarrolla obra tan amplia como educativa, propia de la clásica capital del normalismo argentino, no superado por ninguno en nuestra América...". Tal su afirmación, garantía de verdad por obra y gracia de su robusta experiencia de maestro de esa luminosa ciudad de Paraná, meca de la cultura finisecular en años en que era posible, todavía, edificar la esperanza.

Asentado en la validez de la praxis educativa, solventará su criterio eminentemente social de la enseñanza en función del pragmatismo que lleve a realidades concretas, a tono con las necesidades fundamentales del país en esa etapa de crecimiento demográfico y de consolidación institucional. Hombres útiles y cabales, ciudadanos de pro, individuos capaces de refrendar su profesión de fe democrática con una moral abierta a la comprensión y la tolerancia, son los que debe entregar la escuela al pueblo que la sostiene. El mismo constituye una refirmación, un comportamiento, una pauta para medir los alcances y posibilidades del hecho educativo concebido en términos de "conjunta experiencia comunicada". Ha sido empleado de comercio, y lo dice con el orgullo de quien se sabe hijo de su esfuerzo. Y es más, asigna a ese tránsito laboral la calidad estricta de un aprendizaje necesario en esa escuela de la vida, tanto o más favorable para la formación del carácter que la lectura de un millar de libros. De ahí que llegue a conferir también categoría de maestro a su "honorable patrón, don Justo Comas, a quien -dice- con el respeto por el trabajo, debe imborrables lecciones de honestidad en la vida privada y en la pública...".

Hay una consigna de trabajo en la frecuencia de su trato con el mundo y su afán de prodigarse sin retaceo en pos de una sociedad mejor, es decir, más justa en el reparto de los bienes que, siendo de todos, llegan a unos pocos. Cree en la libertad, la igualdad y la fraternidad, no como un mero enunciado de principios, sino como una afirmación vital en un logro concreto y perdurable. Su pedagogía será la de la acción, para que en la síntesis de cada jornada la comunidad aprenda por sí misma que la voluntad es la fuerza insustituible en la transformación de la naturaleza y el hombre, siempre en el derrotero de una vida mejor. Ese poderío de la voluntad, constituido en ariete, abrirá las puertas del futuro a quien sepa y quiera templarse en el culto del esfuerzo. Lo dirá, en conceptos claros y terminantes cuando, en la busca de una clave educativa para conjugar el verbo de la democracia integral, manifiesta a los jóvenes, razón de ser de su combativa existencia; "La juventud que sale de nuestras escuelas y colegios no tiene, en general, la aptitud para nada, a no ser para dejarse devorar por la boa constrictor de la empleomanía y convertirse, a menudo, en parásito de la familia o de la sociedad, en eterna descontenta, en demagoga exaltada, o en esclava sumisa..."

Las palabras monitoras se abonan con hechos válidos. La mejor prédica es la del ejemplo. José Benjamín Zubiaur pudo reclamar de la juventud lo que otros no hubieran podido, porque la suya se forjó en la fragua de la constancia y el sacrificio, sin concesiones a la pacatería y, menos aún, al canto de sirenas de la politiquería urgida de hombres inteligentes, pero sumisos y ambiciosos. Ayer como hoy, en el frente común de la democracia, los hombres libres, los que aspiran a planear por encima de la pasión y la diatriba -"au dessus de la mêlée", como quería Romain Rolland- tropiezan con toda suerte de obstáculos. Siempre el "comité", siempre el "caudillo", siempre los usuales "títeres de cachiporra" harán lo suyo para que la independencia de criterio de ese hombre acostumbrado a pensar por sí mismo, sin pedir en préstamo la idea del prójimo, ni permiso al Jefe de Policía, caiga en las mismas celadas en que cae la libertad cuando la política pasa a ser una cosa sucia, viscosa, repugnante a la dignidad del civismo.

Contra esos males luchó quijotesca toda vez que le fue dado, encarando resueltamente la difícil tarea de insuflar en los más remisos e indiferentes el hálito de su pasión reformadora. No ignoró la raíz económica de los problemas sociales y educacionales. Sabía que en el fondo de toda crisis cultural subyacen el hambre y la miseria. Pero hambre y miseria son tanto más peligrosos para la sociedad cuando el pueblo es ignorante. Su misión, como la de Sarmiento, de quien se dijo vehemente epígono, será la de elevar a las masas por encima de la ignorancia. Ciertamente: "un pueblo ignorante votará siempre a Rosas".

En el año 1875, al filo de los veinte años, ingresa en el Colegio Nacional del Uruguay, en la Concepción del Uruguay de culta historia, fundado por el Gobernador de Entre Ríos, don Justo José de Urquiza un cuarto de siglo antes. Los lineamientos dados por el talentoso Amadeo Jacques servían a esa cultura que Zubiaur buscó afanosamente en el instituto que a la sazón nucleaba a jóvenes de todo el país y de estados limítrofes. Un hecho fortuito permite a Zubiaur desarrollar ese criterio práctico proverbial en él y que aflorará toda vez que, en su trayectoria docente, debe enfrentar circunstancias adversas para la buena marcha de la educación pública. Había en el Colegio del Uruguay una inscripción, en 1877, de poco más de un centenar de alumnos contra quinientos que hubo en 1860. ¿Cuál era la causa de esa deserción?. La falta de lugares adecuados para albergar a los estudiantes de otras ciudades y países. Fue entonces -el 14 de mayo de 1877 para ser más precisos- que, con Zubiaur a la cabeza, quedó fundada la sociedad educadora "La Fraternidad".

Del Informe sobre la Educación Secundaria y Normal en la República Argentina producido en 1893 por el Inspector Santiago H. Fitz-Simon desglosamos esta referencia a la institución fundada por Zubiaur: "La asistencia al Colegio (175 alumnos) sería menos si no existiese en esta ciudad una sociedad educacionista

fundada por iniciativa popular en 1877, con motivo de la supresión de las becas y del internado en los Colegios Nacionales, la cual sostiene una casa de pensión y estudio, exclusivamente para los jóvenes que cursen en el Colegio. Setenta alumnos -agrega- concurren actualmente a la casa de internos "La Fraternidad"; la mayoría de ellos pagan treinta pesos de pensión, los otros son becados por la sociedad educacionista mencionada. La casa en que se albergan dichos alumnos internos, es de propiedad de la Sociedad, ha sido construida para el objeto a que se dedica ahora ... y tiene capacidad para ciento cincuenta alumnos ... La Sociedad está dirigida por una comisión de vecinos que se renueva o reelige anualmente..."

Becas, participación del pueblo en la enseñanza, ayuda y colaboración para que el hecho educativo se cumpla sin tropiezos. He ahí, en marcha, la concepción docente del maestro paranaense.

Hacia 1879 funda la escuela "Franklin", de primeras letras. La elección del nombre es toda una definición. Benjamín Franklin es uno de los arquetipos de eso que convoca la apetencia educacional de Zubiaur: el carácter. Nada conmovía tanto a este entrerriano cabal como el espíritu agonístico del hombre puesto en la circunstancia vital de labrar prolijamente su propio destino. Cuando comienza sus estudios de Derecho sabe que sólo se llega sabiendo que se va a llegar. Ya

su voluntad está ejercitada en la férrea disciplina interior que obliga al cumplimiento de todo pacto íntimo, sellado consigo mismo, para el arribo a la meta propuesta. Se doctora en 1884: año definitivo, año total, año clave para la instrucción pública argentina. Cuando, tras el debate esclarecedor -ejemplo de altura, timbre y tono de argentinidad para los legisladores de todos los tiempos- se sanciona la Ley 1420 de Educación Común, ya José Benjamín Zubiaur es un decidido heraldo del laicismo, una voz rotunda y vigorosa puesta al servicio de la libertad de conciencia, del respeto y la tolerancia por encima de credos e ideologías, de la calibración ética del hombre, en fin pues, como bien apunta Víctor Mercante, "distinguía al doctor Zubiaur una condición no común a nuestro tiempo voraz: la de descubrir en los hombres y las cosas el aspecto simpático, los valores constructivos..."

Ya está en plena integración de valores.

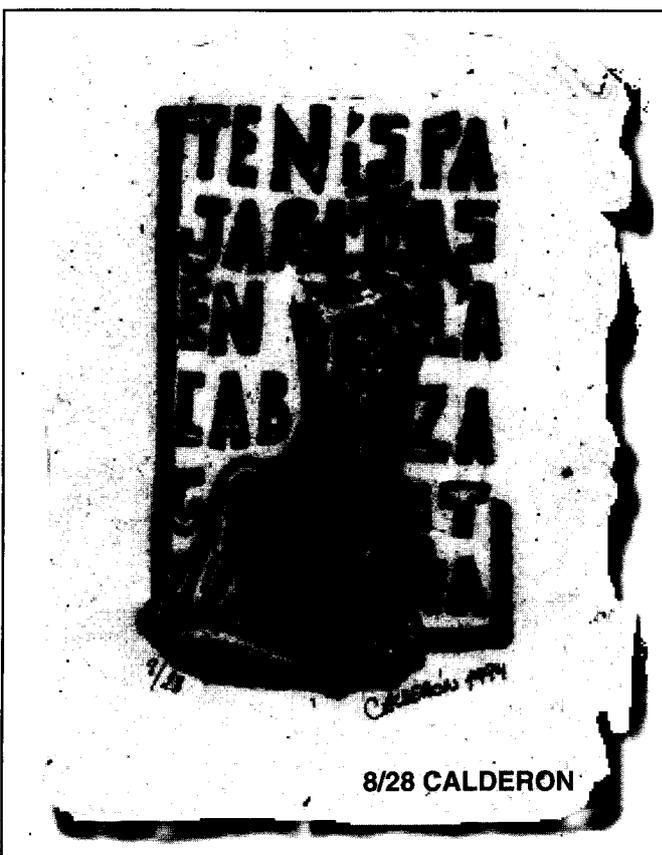
Suma a su extracción popular la entrañable vocación docente y la justa fundamentación lógica que confiere a los hechos su calidad de hombre de leyes. Pero el maestro priva sobre el abogado. En el Ministerio de Justicia e Instrucción Pública va escalonando cargos y ratificando méritos. Profesor en Escuelas Normales y Liceos, subinspector de colegios nacionales, inspector secundario, dómine en la Normal de Profesores, Director de establecimientos de enseñanza media y especial, la existencia del ex-empleado de comercio supone una militancia sin tregua en el campo de la docencia.

Viaja a Francia, como lo hará después a Suiza, Bélgica y Estados Unidos, y su requisa de formas, procedimientos, métodos e impresiones de todo tipo allí recogidas por su espíritu

críticamente observador, se traducirá en libros de firme rigor analítico. Muchas de sus observaciones -previo ensayo experimental- sirven admirablemente a la causa de la educación argentina. Publica en diarios y periódicos eso que viene a ser el fruto de sus reflexiones, como una contribución honesta al mejoramiento de la cultura popular, o, en todo caso, como una fórmula de acercamiento del pueblo a la escuela. Es de esos años su libro "La Escuela Primaria en Francia". Y corresponde a esa época la edición de su tesis doctoral: "La Protección del Niño", en la que aflora -con ponderación jurídica- su visión educativa del problema de la minoridad a la luz de las principales

disposiciones del Código Penal Argentino. Una tesitura similar abarca su otro trabajo de 1884, "La Prevención del Crimen por medio de la Educación y corrección de la infancia", que dedica a los alumnos de la escuela primaria de Franklin, antes citada. Traduce una obra clásica de Pestalozzi -"Cómo educa Gertrudis a sus Hijos"- que llevará un brillante prólogo de José María Torres, porque, para evitar la rutina, nada mejor que la lectura de autores capaces de despertar en el maestro el espíritu de la sana emulación.

En Francia publicará un opúsculo titulado "Algunas palabras sobre la instrucción pública y privada en la República Argentina". En nuestro país, junto al libro citado más arriba, un trabajo acerca de "La Sección Escolar Francesa de Instrucción Primaria en la Exposición Universal de 1889". Su asistencia al Congreso Pedagógico Internacional de París le permitirá un cotejo coherente entre el estado de la educación en



nuestro país y la de las naciones más evolucionadas en la materia. Tan notable es su quehacer en favor de la enseñanza que, como años atrás Sarmiento, aporta desde el extranjero hasta los detalles aparentemente más insignificantes en materia didáctica: datos sobre pizarras y cuadernos, lápices y tizas, libros y esquemas; aportes para la edificación e higiene escolar; planteos concretos sobre enseñanza técnica y orientación rural de la educación; disposiciones acerca de tópicos pasibles de incorporación a los programas; apreciaciones críticas sobre horarios, etc.

Ya a cargo de la rectoría del Colegio Nacional del Uruguay -en 1892- tiene oportunidad de aplicar gran parte de sus experiencias y afinar el rumbo de la escuela media con características propias, en especial con un enfoque psicológico preciso del alma del adolescente. Inciden en su arbitrio directivo las formas capitales de la comprensión del problema educacional sobre bases científicas. Nada de improvisación. Nada de riesgos inútiles. Hay un vigilia rigurosamente alerta en su temple de maestro de la juventud, sobre todo en lo que concierne a la educación de la voluntad. Lo que más tarde constituirá su paradigma moral, será, en esa ejecutoria directriz, cartabón formativo del colegio. Podrá así decir, anticipándose a lo que refrendará en su elogio de Ameghino: "...la lucha es tenaz y áspera, de modo tal que ... si el cuerpo no fuese sólo estuche de una esencia poderosa de la voluntad, el desfallecimiento que embarga el ánimo de los mejores cuando, a la oposición se une la necesidad material impostergable, lo hubiese postrado. Pero ahí está la voluntad -agrega- esta noble aptitud que la Pedagogía no utiliza, no estimula aún lo suficiente, subalternizada como está la ciencia al arte de decir, en vez de vigorizarse con el rumiar del pensar y la persistencia del hacer...".

Bien se ve en qué medida el doctor Zubiaur adjudicó a esta potencia del hombre la primacía vital en el orden de la enseñanza, a modo de síntesis armónica del complejo psíquico en la consolidación del Yo afectivo-emocional, y el Yo intelectual. Es al admirable sabio de Luján a quien nos ofrece como modelo de ese culto del esfuerzo que pareciera ser norma de vida en la conducta de estos maestros de estirpe jacobina, y de quien afirmará que forma, con Mitre y Sarmiento, "una trinidad que, con el honor de la Patria exaltan el poder de la voluntad, llegando a la cima mediante el sólo ejercicio de ésta...". Publica, a modo de soporte afirmativo de su exaltación de la vida volitiva, sus bocetos biográficos de Rivadavia, Alberto Larroque y Marcos Sastre. Y a esa misma jerarquía espiritual, sustrato de la disciplina interior,

se refiere en sus discursos a los alumnos, en la Distribución de Diplomas en 1894.

Cuando, como hemos visto, es llamado a ocupar una de las vocalías del Consejo Nacional de Educación, ya ha cubierto con creces las cuotas con que su magisterio sostiene el predominio de la constancia, la tenacidad y el disconformismo creador sobre el facilismo logrero y efectista. Ha llegado, está allí, y no obstante sigue gruñendo a lo Sarmiento porque las horas no le alcanzan para hacer las cosas, bien o mal, pero hacerlas. Su preocupación constante es la formación del niño y el adolescente sobre bases que acrediten su paso por la escuela más allá de toda enseñanza libresca y meramente intelectual. Por eso insiste en la importancia del trabajo manual educativo, no perdiendo ocasión de acentuar su valimiento formativo a través de ensayos que convalidan su esquema de 1896, traducción de su experiencia en ese campo en el Colegio Nacional del Uruguay. Parafraseando a su dilecto Alberdi, dirá que "Gobernar es Educar",

publicando, al efecto, una disertación con ese mismo título dictada en ese año decisivo de 1896, y anticipando no pocas de las premisas que más tarde desarrollaría con amplitud de miras y certera visión del futuro de la patria. Tiene tiempo para referirse a algunos temas históricos de su predilección, tal el que desarrolla documentalmente en su ensayo "Saldando una Deuda", relativa al monumento a Urquiza (1897). De paso, anotará las notas fundamentales que sirven de reválida al viejo criterio de Comenio y Pestalozzi en punto a la trascendencia educativa de las "Excursiones Escolares" (1896).

Partidario como fue de la enseñanza manual, esto es, en su calidad de precursor criollo del tópicos que Dewey y

Kerschensteiner transformaran en clave de sus teorías y que recogieron luego entre nosotros la infatigable Rosario Vera Peñaloza, la cultísima Clotilde Guillén de Rezzano y el excepcional Pablo Pizzurno, no resultó extraño que previera y anticipara lineamientos sustanciales de una didáctica orientada a satisfacer las necesidades del educando en la ejercitación total de sus potencias creadoras. La educación por el trabajo, acaso retomando axiomáticamente lo que el anciano Fénix dice a su discípulo Aquiles en uno de sus versos de "La Ilíada", esto es, que "el hombre ha sido hecho para decir palabras y realizar acciones", sitúa a Zubiaur entre los intérpretes fieles del pensamiento roussoniano en cuanto a los principios activos de la enseñanza. Al respecto, en uno de sus breves ensayos sobre maestros y educadores, Víctor Mercante dirá que "convencer al gobierno y a los maestros de que la reforma era indispensable para sanear las tendencias del ocio, mientras las industrias sufrían

***"Así han de ser,
los maestros,
rebeldes a la
sumisión y al
desdoro, a la
prepotencia del
mandón de turno
y a la petulancia
de tanto inepto
como se
encarama en los
puestos claves
del gobierno
político o
educacional."***

la asfixia de su incipiencia..." (Víctor Mercante: "Maestros y Educadores"/pág. 186/La Plata, 1930)

Por ese entonces, coetáneamente a su ingreso a la vocalía del Consejo, traduce al castellano el informe de Carrel D. Wriqth "La Educación Industrial en los Estados Unidos". ¿Qué se propone en esa traducción?. Ni más ni menos que retomar la línea sarmientina en la materia y, animado de idéntico propósito, servir a la enseñanza técnica con el aporte de las ideas más adelantadas al respecto. Estanislao S. Zeballos calificará a esta labor de versión al castellano de tan importante informe, como un "acto patriótico y uno de los servicios más señalados rendido durante los últimos años a la causa de la educación en la República Argentina". El infatigable Mercante, por su parte, sitúa a ésta, en apariencia intrascendente traducción, como nota luminosa, "que tuvo la virtud de romper la indiferencia oficial", puesto que "de ahí arranca la serie de decretos y resoluciones creando nuestras escuelas profesionales, industriales y agrícolas, acrecidas por una inscripción cada vez más numerosa...". Y agrega esto otro, de fundamental importancia para la ulterior calibración social de la enseñanza en sus diversas ramas: "Ninguna contribución pedagógica fué, al terminar el siglo pasado, más eficaz que la de este voluminoso informe, claro, preciso, lleno de datos y de experiencia, como se lo necesitaba para dar impulso a la enseñanza por el camino que el ex-director general de colegios fue de los primeros en ver definido...".

Importa al criterio rector que anima a este trabajo, señalar en qué medida, cómo y cuánto, el doctor Zubiaur persiste en su empeño de sustanciar con hechos válidos, con experiencias fecundas, el acontecer pedagógico dentro de la jerarquía popular que sirve a la democracia. En esa técnica, con la misma amplitud de miras que inviste el vuelo aquilino de la generación del 80, y en ratificación cabal de esa concepción científica del mundo y de la vida que califica a los doctrinarios de su tiempo, consolidará su oficio docente y su trayectoria de funcionario, con aportes que se emplazan a modo de hitos demarcatorios de progreso en el itinerario de la instrucción pública argentina.

Frente al dolor, a la miseria, a la opresión, Zubiaur alzará la claridad rotunda de su voz en la denuncia altiva y sin temores. Así han de ser, los maestros, rebeldes a la sumisión y al desdoro, a la prepotencia del mandón de turno y a la petulancia de tanto inepto como se encarama en los puestos claves del gobierno político o educacional. Para el maestro paranaense -lo dice en su libro "Surcos y Semillas Escolares" (pág. 257)- "en la escuela y en la vida la ciencia del hacer, ha suplantado, al fin, al arte del decir. De acciones y no de oraciones -dice- vive la humanidad, cuya personalidad se acentúa cada vez más, a medida que se supriman reyes y pontífices, y los rebaños humanos empiezan a ser multitudes conscientes...". "Pero -agrega- estaremos alejados del reinado de la verdad, que emerge de la ciencia, si la sociedad limita su acción a educar las generaciones de niños que viven en las ciudades, y deja en el desamparo a las campañas donde, término medio,

vive la mitad, las dos terceras o las tres cuartas partes de la población total...".

La campaña, la misma que en la antinomia sarmientina se conjugara en términos de barbarie, reclama la atención del vocal del Consejo. Carga el acento sobre el problema económico-social allí donde las condiciones de vida exigen no sólo abecedario, sino también pan y albergue. "La democracia, -expresa- seguirá siendo un mito, mientras que en la campaña no se forme el ciudadano obrero, consciente de sus derechos y fuerte por su independencia económica". En los días que corren, otro artesano de la educación argentina, don Luis F. Iglesias, denuncia con igual valentía los mismos problemas que Zubiaur denunciara entonces. Vivimos en los planes zagueros de la evolución pedagógica mundial acaso porque todavía no se ha llegado a advertir lo que ese militar de estirpe sanmartiniana, el General Sarobe, advirtiera con fina intuición y certero enfoque: somos una república agraria-pastoril; nuestra consigna es mirar con ojos indagadores hacia la campaña; nuestra misión, la de preparar maestros para la ardua empresa de ganar leguas al desierto. La Escuela Normal Rural se constituyó en claro desvelo para el sueño pedagógico del doctor Zubiaur. "Sólo esa escuela ... con edificio propio, en amplio terreno, y con maestro especialmente preparado para servirla -expresaba- ha de realizar la aspiración del magisterio nacional de que la América Latina sea redimida por la escuela y la ciencia argentina".

Fustigó inexorablemente a la demagogia. Y lo hizo porque, como dice Mercante en su breve bosquejo biográfico, "amaba la libertad comedida, e indignábase cuando a ella se oponían deliberadamente, engañosamente, trabas con miras de dificultar su desarrollo normal. Quería al individuo libre, independiente, original, amplio, abierto, para lo cual predicaba su enseñanza jacobina. Sus lemas de combate fueron los mismos de la Revolución Francesa, que fue humana porque exaltó la entidad del hombre, ubicando en el lugar que le correspondía a la entidad Dios". Sus libros de cabecera -y no es extraño que así sea- eran los de Voltaire, Rousseau, Comte, Spencer, James, Dewey, Sarmiento, Agustín Alvarez. Este último transcribe sus opiniones en el "manual de Patología Política", lo que presupone una distinción que jerarquiza todavía más su calidad de educador y sociólogo.

Sí, "detestaba el dogma, de cualquier especie que fuera". Y era entrañable su devoción por la verdad, que, como bien se ha dicho, no estaba, para él, en la revelación sino en el brazo, en la mente, en el corazón, en la voluntad -sobre todo en la voluntad- de cada cual y estaba en la vida honesta, activa, fecunda, creadora; en la libre iniciativa personal; en la acción altruista, desinteresada para el propio ser; útil para la familia, la sociedad, la patria...".

Doce intensos años lo vieron en su vocalía del Consejo Nacional de Educación. Años sin tregua, de edificación permenente, a veces sobre las ruinas, otras, demoliendo para construir. Desempeña, en esos momentos sin concesiones al descanso, tareas de profesor en escuelas

normales de la Capital Federal y en el Liceo Nacional de Señoritas; siendo a fines del año 1908 cuando, en desempeño de sus funciones como vocal, visitó Zubiatur el entonces territorio de La Pampa.

Para esa escuela históricamente nueva quiso, en efecto, un maestro nuevo. Un maestro de jerarquía técnico-docente y cultural, pero, a la vez, socialmente jerarquizado. Su biógrafo Federico Bardi dice en "El pedagogo José Benjamín Zubiatur" (1926): "A su juicio, el maestro ya no es "un remedo del fidalgo antiguo, de gesto ceñudo, mirar airado, voz tonante y aspecto amenazador; es el colega, el compañero, el amigo del alumno".

Todos los principios en que está empeñada la legislación escolar y los planes, programas y textos que traten de realizarlos, serán estériles, -dice, -si se carece de un personal docente idóneo. "Planes y programas son tan solo simples indicadores de la conquista a realizarse y los libros meros auxiliares para alcanzar los propósitos que involucra el problema escolar: sólo el maestro tiene la virtud, como la varita mágica de la leyenda hebrea que hacía brotar el agua de la abrupta piedra, de dar vida, color, movimiento a la idea que palpita en aquellas, y el maestro no es ni puede ser, salvo raras excepciones, el producto de la improvisación, ni lo es tampoco la persona de ilustración general o de competencia especial, sino el que ama la profesión la conoce y domina la materia que pretende enseñar."

La vida y obra del doctor José Benjamín Zubiatur patentizan la jerarquía moral e intelectual, la superioridad espiritual y el austero patriotismo de los hombres que vivieron la instancia genial del sueño de los hombres de Mayo, madurado en imágenes de libertad, igualdad y fraternidad por la pléyade sarmientina que sostuvo el peso de la siembra inicial.

Ideas que ahora se comprenden a la luz de la pedagogía científica, toda una suma de ensayos liberadores que hoy empalman con las corrientes renovadoras de la enseñanza, fueron previstos por el patrono de la Escuela nº 44 de Edo. Castex. Lástima grande que en el edificio aquél de la esperanza, tenaz, penosa y lentamente levantado, faltara argamasa de pueblo. Otra cosa fuera nuestra enseñanza si, contando con hombres de tamaña talla vocacional y temple de tanta firmeza, el pueblo hubiera sabido suplir la inercia, la inoperancia y la ineptitud oficial con el apoyo decidido a la obra de sus maestros. Lo cierto, lo abrumadoramente cierto, es que en el ciclo de

nuestra evolución institucional, los hombres de esta estirpe no se repitan. Allí quedan, proyectándose, sus ideales y convicciones. Si aquí y allá afloran algunas contradicciones entre su prédica y su ejecutoria, entre pensamiento y acción, habrá que achacarlos a la etapa de suyo contradictoria que debió superar la escuela. Lo irrefragable, lo que queda como saldo de esa proyección educativa, es la ejemplaridad de su conducta, puesta invariablemente al servicio de la República, que -como lo expresara Montesquieu- "no puede vivir sin el trabajo y la virtud".

Socráticamente, en cierto modo, quiso y supo vivir este gran hombre, este ilustre ignorado por la mayoría de los maestros argentinos, por lo general tan apegados a la nombradía del pedagogo foráneo que llega a trascender mediante profusa propaganda bibliográfica. Pocos, muy pocos, saben de la vida, pasión y muerte de este apóstol de la verdad educativa, maestro de la democracia, para quien -como en el apotegma ingeniereano- "todo tiempo futuro será mejor", porque ese tiempo "será hijo de la voluntad, que conduce a la lucha y forma el carácter; porque la verdad será su norte, la ciencia su guía, la acción su ambiente, y cuando en él estemos -son sus palabras- habráse realizado la sublime aspiración de Jesús, quien, entre otros sabios, declaró hermano a todos los hombres, lo que sucederá el día en que vivamos bajo el régimen de justicia, en que él soñó y en que soñamos".

Murió el 6 de septiembre de 1921 exaltado en los trémoles del panegírico por las voces de Barrotaveña, Rawson de Dellepiane, Nelson, Silgueira, Vidal, Sanz y Lisandro de la Torre. Pocos días antes, recordando a San Martín en la Yapeyú guaraníca, había dicho estas palabras monitoras que recoge Mercante a modo de legado póstumo al magisterio de su tierra: "Ninguna institución es superior a la escuela, que amplía, corrige y perfecciona la acción del hogar; prepara a los seres para una vida más perfecta y más completa, mediante el libro que ilustra, despierta y da aptitudes; la palabra y el ejemplo que las perpetúan, y las herramientas de trabajo manual que vigoriza, morigera, independiza y dignifica".

Tal fue el mensaje, y tal el signo de su militancia. Hagámoslo nuestro en el amor a los niños, que fueron su desvelo; y en la mano ancha y cordial que abrace al prójimo allí donde los hombres aprenden el devocionario laico del respeto y la tolerancia mutuas advenidas por obra y gracia de la Escuela.-

Bibliografía

- BARDI, F. 1926. *El pedagogo José Benjamín Zubiatur*. s/d.
BUNGE, Carlos O. 1920. *La educación contemporánea*. Buenos aires, Vaccaro.
MERCANTE, Víctor. 1930. *Maestros y Educadores*. La Plata, s/d.

- _____. *Surcos y Semillas escolares*. s/d.
ZUBIAUR, José Benjamín. 1880. *La Escuela Primaria en Francia*. s/d.
_____. 1880. *La Protección del Niño*. s/d.
_____. 1884. *La prevención del crimen por medio de la educación y corrección de la infancia*. s/d.